

¿Bueno o malo?

¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!

Isaías 5.20

Cuando vemos a nuestro alrededor lo que está ocurriendo. Cuando observamos la decadencia moral y espiritual que asola nuestro mundo. Cuando gobiernos elegidos democráticamente, por la mayoría de los ciudadanos de un país como el nuestro, proponen para su aprobación, leyes que equiparan las parejas de homosexuales a las heterosexuales. Cuando estas leyes que se proponen permiten que estas personas puedan adoptar bebés y criarlos en hogares homosexuales. Cuando todo esto sucede a nuestro alrededor, se hace necesario que se alce la voz profética del pueblo de Dios. La Iglesia debe mostrar al mundo cual es la voluntad de Aquel que nos creó.

La Biblia forma parte de la revelación de Dios al ser humano. Es el Manual de Instrucciones, la carta de ruta, la lámpara que nos ilumina el camino, el fundamento de nuestra fe. En ella está escrita la voluntad de Dios. Todo lo que el ser humano debiera conocer. Lo que le es permitido y lo que le conviene.

Hoy se habla de la homosexualidad como una opción. Un derecho. El ser humano, se dice, puede y debe escoger cómo desee vivir su sexualidad. También se dice que la homosexualidad es una opción más, tan válida como la heterosexual.

Lo último del despropósito es que hoy existan incluso, congregaciones homosexuales en las que dicen adorar al Dios que desobedecen.

Pero, cabría preguntarse ¿Qué dice Dios al respecto? ¿Cuál es su revelación en cuanto a la sexualidad? ¿Es la homosexualidad un derecho, o no le es permitido por Dios practicarla?

Cuando observamos lo que sucede a nuestro alrededor, no podemos permanecer impasibles. No podemos guardar silencio sobre asuntos tan importantes como éste. ¿Saben porqué es importante este asunto? Porque puede cerrar las puertas del cielo a

millones de personas que caminan en perversidades que Dios aborrece. Así, pues, no podemos, no debemos permanecer en el anonimato. Hoy más que nunca se hace necesario mojarse. Predicar la verdad a todas las naciones. Predicarla a voz en grito, no sólo entre las paredes de la Iglesia, sino también en el mundo, donde todos puedan oírnos. Aunque esto pueda traernos juicio burla y persecución.

No importa que acepten o rechacen nuestras palabras, lo que realmente importa es que tengan la opción de conocer la verdad, pues, la mentira ya tienen a muchos que se las predicán a diario. Lo que importa es que, como Iglesia, cumplamos con nuestra misión de ser luz a las naciones. Pues, haciendo eso, quienes pretendan irse al infierno lo harán conscientes de a dónde van, según hayan elegido.

Nosotros, como pueblo de Dios, no tenemos elección, hemos de proclamar la verdad de Dios en voz alta, o dejar de llamarnos pueblo de Dios.

Nadie llega a la depravación de la noche a la mañana, sino siguiendo un proceso, paso a paso. España lleva mucho tiempo soportando los continuos ataques contra los fundamentos que, como pilares, sostienen la sociedad: La familia, el matrimonio, la vida humana, etc. Como la gente del libro, como los seguidores del Camino, debemos levantar la voz. Debemos tocar la trompeta, como atalayas. Debemos avisar del peligro, pues, muchos se están involucrando en prácticas pecaminosas, porque no conocen las consecuencias eternas que conllevan.

Una de las cuestiones que ha contribuido en mayor grado a la situación de inmoralidad de este país es que está reaccionando a un tipo de iglesia falsa y vana. Una iglesia que por siglos ha tenido el control de la sociedad y lo ha usado para su propio beneficio y no el de las gentes; Una iglesia que hundida en su propia miseria espiritual se ha limitado a guardar las apariencias. Cuando las gentes de España ha sido libre, ha huido lo más lejos posible de todo lo que tenga que ver con esa falsa religión. El problema es que al mismo tiempo ha huido de Dios mismo.

Por otro lado, tampoco niego el enorme peso de responsabilidad que la iglesia evangélica

tenido también en esta creciente depravación, pues, acostumbrada a esconderse, no se ha enterado todavía de que ya se puede salir a la calle y expresar la verdad de Dios. Al mismo tiempo, la adaptación teológica, el abandono de la sana doctrina, que está sufriendo la iglesia evangélica, me he hecho tener que reconocer que, a pesar de la enorme deuda que tengo con ella, cada día me identifico menos con la misma. Es la Palabra de Dios, no la política, ni la filosofía, ni ninguna otra ciencia, ni la psicología, ni ninguna otra pseudociencia, la que puede conducir al hombre a la plena felicidad. La iglesia en gran parte ha claudicado ante sus competidoras, lo cual ha contribuido, y mucho al mal.

Pr. Nicolás García